

# Índice



|   |     |
|---|-----|
| Capítulo 1. Dingle .....  | 11  |
| Capítulo 2. Sueños .....  | 29  |
| Capítulo 3. Hurricanes.....   | 47  |
| Capítulo 4. Beatles .....   | 65  |
| Capítulo 5. ¡Yeah! .....  | 83  |
| Capítulo 6. Cine .....  | 99  |
| Capítulo 7. India.....  | 117 |
| Capítulo 8. Ruptura .....   | 137 |
| Capítulo 9. Perdido .....   | 159 |
| Capítulo 10. California .....                                       | 179 |
| Capítulo 11. Mónaco .....   | 199 |
| Capítulo 12. Barbara .....  | 219 |
| Capítulo 13. Adicciones .....                                       | 237 |
| Capítulo 14. All-Starr.....   | 255 |
| Capítulo 15. Reconocimiento.....                                    | 271 |
| Capítulo 16. Relax .....  | 293 |
| <br>  |     |
| Epílogo.....  | 313 |
| <br>  |     |
| <b>Apéndices</b> .....  | 317 |
| Zak Starkey .....   | 319 |
| Discografía .....   | 323 |
| Álbumes .....   | 323 |
| Álbumes compartidos y otros.....                                    | 332 |
| Colaboraciones en discos de otros artistas .....                    | 334 |
| Funciones de Ringo Star en todas las canciones de los Beatles ..... | 355 |

|  |     |
|--|-----|
| Las baterías de Ringo Starr .....              | 351 |
| Ilustraciones en el bombo de las baterías..... | 357 |
| Filmografía.....                               | 367 |
| Ringo Starr All-Starr Bands .....              | 371 |
| Bibliografía.....                              | 379 |
| Índice onomástico .....                        | 383 |
| <br>   |     |
| Agradecimientos.....                           | 399 |

# 1

●

## Dingle

**S**ur de Liverpool, Merseyside, barrio del Dingle. Dingle significa “valle con bosques”. También con esa palabra se daba nombre a un riachuelo que fluía por Toxteth Park hasta el río Mersey. En antiguos documentos se recoge que el rey Juan I de Inglaterra acudía a solazarse por aquellos parajes. Era un sitio perfecto para pasar un día de campo. Aunque a mediados del XIX todavía se encontraban grandes mansiones, la llegada de la Revolución Industrial lo cambió todo. Sus escasas calles, más allá de los últimos muelles de la ciudad, se llenaron de almacenes de petróleo, instalaciones de gas y fábricas. También, para alojar a los obreros que allí trabajaban, se construyeron hileras de casas levantadas con materiales precarios. Abundaban las plagas de insectos, las humedades y ocasionales hundimientos del terreno. Por sus estrechas calles jugaban niños descalzos y mal alimentados. La mayoría de la población era protestante, con cierta presencia católica irlandesa, y cien por cien clase obrera. El índice de desempleo era alto y el dinero escaso, si bien ello no era óbice para que la gente acudiera a los pubs olvidando la precariedad bebiendo y cantando. La zona era considerada como peligrosa y no cualquiera se adentraba por esos lares. La familia de Richard Starkey, quien luego sería Ringo Starr, viene del Dingle.

Por vía paterna la cosa es un poco complicada. Con orígenes en la localidad inglesa de Hull, tanto su tatarabuelo como su bisabuelo se llamaron John Parkin, y en principio su abuelo también. Su bisabuela, entre 1903 y 1910, se fue a vivir con un hombre todavía casado que se apellidaba Starkey y optó por adoptar este apellido y trasmitírselo a los hijos que ya tenía

con John Parkin. Por tanto, el tercero de los John Parkin pasó a llamarse John Starkey (aunque en su certificado de nacimiento constaba como John Parkin Starkey) y trabajó como oficial calderero. Este conoció a la que iba a ser la abuela paterna de Ringo, Annie Bower, hija y nieta de hojalateros. Se casaron y tuvieron cuatro hijos, siendo el segundo de ellos el padre de Ringo Starr, nacido el 1 de octubre de 1913 y cuyo nombre oficial era Richard Henry Parkin Starkey. Prácticamente inexistente es la información que se conoce acerca de este Richard Starkey. Sabemos que no siguió la tradición familiar, sino que se convirtió en pastelero y que, a los veintidós años, conoció a su futura esposa en una panadería. Se llamaba Elsie Gleave y era oriunda del Dingle.

Cuando Elsie Gleave nació, la familia llevaba más de cincuenta años en el Dingle. Sus condiciones de vida no eran muy distintas a las de los demás vecinos, es decir, pobreza. También había tradición de caldereros en su árbol familiar. John Gleave, su padre, había nacido en 1891. Su madre, Catherine 'Kitty' Jones, también era de ascendencia Dingle e igualmente nació en 1891. Pero si retrocedemos en el tiempo vemos, por un lado, que el padre de Kitty fue el hijo de un marino nacido en las islas Shetland, en la costa nordeste de Escocia, y, por otro, que la madre tenía ascendencia irlandesa. No está muy claro si los Starkey eran de confesión católica, parece que sí, pero los Gleave eran protestantes hasta la médula y esta fue la fe que prevaleció en el seno familiar. Elsie fue la primogénita de John Gleave y Kitty, quienes se habían casado en abril de 1914.

La vida de los Gleave era dura. El padre de Elsie aparece descrito de variadas guisas en documentos de la época: trabajador de la hojalata, empleado en los muelles, ayudante de calderero... Cuando llegó la Primera Guerra Mundial lo llamaron a filas. Sobrevivió. Poco después, la zona en la que vivían, que llevaba el nombre de Liverpool Workhouse y se ubicaba en Brownlow Hill, fue vendida por las autoridades locales a la Iglesia católica para la construcción de la catedral metropolitana. El malestar entre los protestantes fue tal que se convirtió en un asunto político. Elsie Gleave fue una de las protestantes militantes y se opuso a la acción del partido conservador. Elsie había pasado la mayor parte de su juventud cuidando de su abuela. Recién cumplidos los catorce, la joven abandonó la escuela y empezó a trabajar en diversos oficios. Uno de ellos fue en la panadería donde conoció a Richard Starkey, y no tardaron en sonar campanas de boda. La ceremonia se celebró el 24 de octubre de 1936 en St Silas Church. Él tenía veintitrés años y ella veintidós. Sin apenas recursos, se trasladaron al hogar de los Starkey, en el número 59 de Madryn Street.

El 3 de septiembre de 1939 Inglaterra declaró la guerra a Alemania. Con ella vino una revisión del acta del Servicio Militar en virtud de la cual los hombres de entre dieciocho y cuarenta y un años eran reclutados. Pero como había una serie de excepciones a esta nueva ley, Richard Starkey, con veinticinco años, se ajustó a una de ellas y pasó a la reserva. Fue un privilegiado durante estos años debido al acceso que, gracias a su trabajo, tenía a un bien escaso, el azúcar. Cuando la guerra llevaba alrededor de cuatro semanas Elsie y Richard concibieron un bebé y, en cuanto el embarazo fue confirmado, la pareja abandonó el 59 de Madryn Street y se mudó al número 9 de la misma calle. Todas las casas, sin jardín trasero, eran muy estrechas. La casa era mejor que la anterior: seis habitaciones, tres de ellas en el piso de abajo y las otras tres en el de arriba. El cuarto de baño y el retrete se encontraban en el exterior. Con todo, era un lujo para la época.

Durante un receso de los ataques de la aviación nazi, cuando el día 7 de julio del año 1940 llevaba diez minutos de existencia, en una habitación del piso superior del 9 de Madryn Street, Elsie Starkey dio a luz a un niño: Richard Henry Parkin Starkey. Se había retrasado una semana y el alumbramiento fue dificultoso, viéndose la matrona obligada a usar fórceps. El niño nació sano, con un peso de unos cuatro kilos y medio y un potente llanto. Abrió tanto los ojos al nacer y miró con tal intensidad a su alrededor que Annie, la abuela, afirmó: “Este ya ha estado aquí antes”. Catorce días después, Richard y Elsie bautizaron al bebé en St Silas Church. De esa manera, el recién nacido fue afiliado a la fe protestante de la Iglesia de Inglaterra. Al nuevo habitante del distrito 8 de Liverpool le llamaron Richard. Muchos años después, ya como Ringo Starr, dijo: “Había una luz al final de un túnel a la que yo tenía que llegar. Así es como salí, y entonces nací. Hubo mucha alegría. De hecho, mi madre solía decir que por mi nacimiento comenzó la Segunda Guerra Mundial. No sé qué quería decir con eso, la verdad. Nunca lo entendí, pero eso es lo que ella me solía decir. Supongo que era lo único que podían celebrar. Seguramente fuera así, nunca se sabe”.

Los alemanes comenzaron un nuevo ataque aéreo sobre Liverpool pasada la medianoche del 17 de agosto de 1940. Las primeras bombas cayeron sobre los muelles del sur y, cuando las sirenas comenzaron a sonar, Elsie y Richard padre saltaron de la cama, agarraron al bebé y, víctimas del pánico, corrieron al refugio que había en la misma calle. El pequeño Ritchie no paraba de llorar porque, debido al nerviosismo, su madre lo estaba llevando cabeza abajo agarrado por los pies. La noche del 19 de octubre fue especialmente

fiera. Las cinco horas de bombardeo se centraron sobre el Dingle, y St Silas Church y viviendas y tiendas aledañas en High Park Street fueron dañadas. Durante todo ese ataque, Elsie y su bebé de tres meses, solos, se vieron obligados a permanecer agazapados en el oscuro refugio. Mientras todo esto pasaba, el abuelo de Richard se negaba a ser expulsado de su silla favorita por sus odiados alemanes, contra los que ya había luchado en la anterior guerra: “Mi abuelo tenía una silla en la que siempre se sentaba. Durante toda la guerra se sentó en esa silla. Nunca fue a esconderse a ninguna parte, aunque hubiera ladrillos volando por la casa. Nada le movía de su silla”.

Años después Ritchie afirmarí­a no recordar la guerra, “ni las bombas, a pesar de que realmente destrozaron Liverpool. Nuestro vecindario sí que fue bombardeado. Recuerdo grandes agujeros en la calle en los sitios donde antes había casas. Cuando me hice mayor solíamos jugar entre los escombros y por los refugios antiaéreos”. Son días de reminiscencias difusas, y tal vez la primera de ellas sea “la de ser llevado en un carrito. Estaba en la calle con mi madre, mi abuela y mi abuelo. No sé dónde estábamos, pero era un paisaje más bien campestre porque recuerdo que nos perseguía una cabra. Todo el mundo estaba muerto de miedo, incluido yo. La gente gritaba y corría porque un animal nos estaba persiguiendo. No creo que eso pasara en el Dingle”. En la infancia se mezcla lo idílico con lo triste, que no solo viene desde los cielos en guerra. Así, al poco del tercer cumpleaños del niño, sus padres se separaron tras siete años de matrimonio. Cada uno se fue por su lado sin llegar a formalizar, de momento, el divorcio. Según los documentos del censo electoral, durante un largo período el marido se trasladó a otro número de Madryn Street junto a sus padres, Johnny y Annie Starkey, quienes, a pesar de todo, mantendrían una relación más que agradable con su nieto Ritchie, que pasaba mucho tiempo con ellos. Elsie lo tuvo muy difícil para ganar dinero y se vio obligada a aceptar todo tipo de trabajos. Ritchie se sentía solo: “Ojalá tuviera hermanos y hermanas. No hay nadie con quien hablar cuando llueve”. Los abuelos, en cierta manera, suplieron esas carencias. En cuanto se sentía flojo, su madre lo envolvía en una manta y lo llevaba a casa de los abuelos. La abuela, con rebanadas de pan empapadas en agua hirviendo, preparaba una cataplasma que envolvía en un paño y aplicaba sobre la piel. Otro remedio era un ponche caliente con *whisky*. Al niño parecía gustarle mucho esta suerte de panaceas: “Eran agradables... y de repente todo el mundo hablaba de mí, me convertía en el centro de atención”.

Pese a sus desvelos, había algo que no le gustaba a la abuela Annie, y era que su nieto fuera zurdo, algo que, así lo hizo saber a todo el mundo, era debido a que el niño estaba poseído por alguna bruja o por el diablo. Ante tal situación, decidió tomar cartas en el asunto y expulsar al demonio del cuerpo. No es sorprendente que, en el futuro, Ritchie se refiriera a ella como “la reina vudú de Liverpool”. Annie, en el recuerdo, era una mujer grande, mientras que el abuelo era más bien pequeño, con tendencia a beber más de la cuenta, lo que le hacía decir alguna que otra cosa inapropiada para los oídos de un niño: “Mi abuela se arremangaba, cerraba sus puños, se ponía como un boxeador y decía: ‘¡Venga, Johnny! No me hables así. Ven aquí, pequeño hijo de puta’”. Johnny tenía otra debilidad: “A mi abuelo le encantaba apostar en las carreras de caballos. Si había perdido, entraba jurando y tirando las papeletas de las apuestas por todas partes... ‘¡Hijos de puta!’ y todo eso, igual que cualquier otro apostador. Mi abuela solía decirle: ‘Johnny, no hables así delante del niño’, y él no paraba de decir que eran unos hijos de puta. Para mí, eso era emocionante”.

Ritchie comenzó la escuela el 25 de agosto de 1945, diez días después de la rendición japonesa que puso final a la guerra. Fue inscrito en St Silas, un gran edificio victoriano de ladrillo rojo contiguo a la ahora destrozada iglesia donde sus padres se habían casado hacía nueve años y donde tendría que asistir a la catequesis dominical. El primer día de colegio Elsie le acompañó andando hasta la escuela y el pequeño se vio ante “el edificio más grande de todo el planeta”. Entró y, al verse rodeado por “un millón de chavales en el patio” que correteaban sin cesar, se sintió inseguro y temeroso. “Daba miedo”, confesaría muchos años después desde la madurez. Desde ese instante odió la escuela y todo lo que ella representaba. Después le tocaría ir solo al colegio, un camino que se le hacía muy largo, “infernial” según sus propias palabras, “una buena media hora”. Cierta día, cuando se dirigían al colegio tras una fuerte nevada, se quedaron tan maravillados del paisaje, todavía no hollado por nadie, que decidieron no ir a clase y quedarse jugando en la nieve.

Elsie solía referir la historia de cómo un día su chico volvió a casa a la hora de la comida y le dijo que habían dado la tarde libre a los estudiantes. Ella se lo creyó, al menos hasta el momento en el que vio cómo sus compañeros volvían a la escuela. Ritchie: “No tengo recuerdo de haberlo pasado bien en el colegio. En total solo estuve unos cinco años”. Tom Cross, uno de los profesores, lo recuerda como un chico “sin grandes pretensiones”.

En una fecha no determinada, su padre se marchó definitivamente de la zona, trasladándose a, según se cree, Crewe, una ciudad de Cheshire a poco

más de sesenta kilómetros al sur de Liverpool. Él y su hijo poco se verían a partir de entonces, y los recuerdos mutuos no serían agradables. “Un picarillo vagabundo que nunca dio señales de querer hacer algo por destacar”, diría el padre acerca de su hijo. Por su parte, los recuerdos del hijo tampoco eran buenos: “No tengo verdaderos recuerdos de mi padre. Probablemente solo le vi cinco veces después de marcharse, y nunca me llevé bien con él porque mi madre siempre me decía lo cerdo que él había sido. Me sentía enfadado porque nos dejara. Y años más tarde me sentí furioso al mirar dentro de mí y comprender mis sensaciones, en lugar de bloquearlas. Creía que lo había superado todo durante mi niñez, pero lo que realmente había hecho era impedir la salida de la rabia”. Esta especie de huida llevó consigo que la madre y el niño no recibieran más dinero del padre. Así las cosas, iba a resultar imposible poder pagar el alquiler del número 9 de Madryn Street.

Ritchie recuerda: “Nos mudamos a un sitio más pequeño, a una casa de dos habitaciones. Tampoco tenía jardín y el retrete estaba en el patio. Nunca tuvimos baño. Pero era el hogar, y estaba muy bien. Teníamos dos habitaciones, una para mamá y otra para mí. Era de alquiler. Vivimos allí veinte años. La mudanza fue de una calle a la siguiente, de Madryn Street hasta Admiral Grove. Hicimos el traslado en una furgoneta. La distancia era de algo menos de trescientos metros. Recuerdo estar sentado en la parte de atrás. Es algo que tengo muy grabado”. La nueva vivienda, ubicada en el 10 de Admiral Grove, costaba diez chelines a la semana. Bañarse era un espinoso proceso que empezaba con el transporte al interior de la casa de la bañera almacenada en la parte de atrás de la casa, que seguía con su ubicación delante de la chimenea y su posterior relleno con agua hirviendo. Había que pagar el alquiler y el dinero no era fácil de encontrar. Elsie trabajó como camarera en pubs, limpió escaleras y trabajó de dependienta en una verdulería. Cuando no tenían dinero y alguien llamaba a la puerta, Elsie le pedía a su hijo que mirara por el mínimo hueco de la parte inferior de la puerta para identificar el calzado de quien llamaba. Si lo que veía era un par de botas, entonces Elsie no abría: el cobrador del alquiler siempre llevaba botas. Los abuelos paternos reforzaron su papel de centro de gravedad: “Era raro, porque los abuelos eran los padres de mi padre, no los de mi madre. Ellos sí que me querían y me cuidaban. Eran fantásticos. También me llevaban de vacaciones. En Liverpool, uno siempre se mudaba cerca de los abuelos”. El vecindario también era importante a la hora de ayudar a cuidar al niño: los Poveys vivían en la puerta de al lado, los Conroy en el número



3 y la mejor amiga de la madre, Annie Maguire, en Madryn Street. La hija de Annie tendrá su papel relevante dentro de unas líneas.

A comienzos del verano de 1947 Ritchie se puso muy enfermo: “Estábamos todos en casa y el dolor me estaba matando”. Alguien tuvo que salir corriendo en busca de un teléfono desde el que llamar a una ambulancia: “Vino el doctor y, de repente, esa gente estaba levantándome, poniéndome en una camilla y sacándome de casa. Me metieron en una ambulancia y se me llevaron”. Fue transportado al Royal Liverpool Children’s Hospital y se le diagnosticó apendicitis. Una vez en la mesa de operaciones la situación resultó más complicada de lo previsto: el apéndice había reventado y había generado una peritonitis. Medio consciente, de camino al quirófano, le dijeron: “¿Hay algo que desees?”. La respuesta del niño fue: “¿Puedo tomar una taza de té?”. A lo que le respondieron que podría tomarse el té cuando saliera del quirófano. Pero la taza tardó diez semanas en llegar. Tres veces los médicos le dijeron a Elsie que su hijo no llegaría al día siguiente. Tiempos dolorosos para la madre, quien todos los días iba al hospital tras su dura jornada de trabajo. En más de una ocasión no le quedó más remedio que ver a su hijo a través de un cristal debido a que había entrado en coma. Fue muy duro para ella: “Más tarde me hizo comprender por qué era tan posesiva”. Una noche especialmente penosa fue la del 6 de julio de 1947, la víspera del séptimo cumpleaños del pequeño. Finalmente, Ritchie salió del coma y pasó aproximadamente dieciséis semanas entre la inconsciencia y la consciencia.

Al final de este período, a principios de 1948, la dura convalecencia se vio complicada por el accidente que refiere nuestro protagonista: “Me pusieron en un camastro, así que me volví muy bueno cogiendo cosas con los pies: peniques, bolsas de papel, cualquier cosa que se cayera al suelo. Cuando llevaba seis meses en el hospital, realmente me sentía mejor y tenía la sensación de que en un par de semanas me iría a casa. Para mi cumpleaños me regalaron un pequeño autobús de juguete. El niño de la cama de al lado quiso ver el autobús, así que me incliné para dejárselo. El camastro tenía barandillas laterales y estaba a un metro del suelo. Me asomé demasiado, me caí y me desgarré todos los puntos de las cicatrices. Fue algo muy peligroso. Por eso me tuve que quedar otros seis meses más”. En otras palabras, más aburrimiento. Ahí estaba Richard, con siete años, con apenas avances escolares, sin saber leer ni escribir. Sin libros, ni revistas ni ningún tipo de entretenimiento aparte del de ser transportado en una silla de ruedas

por una enfermera hasta una ventana desde la que mirar la calle. Una vez acudió su padre a visitarlo: “Nunca olvidaré el día que mi padre vino. Se quedó allí, de pie, con un cuaderno, porque mi cumpleaños estaba cerca. Tenía seis años e iba a cumplir siete. Me preguntó: ‘¿Qué quieres, hijo?’, y lo apuntó todo en el cuaderno. No lo volví a ver durante años. Nunca me compró una miserable cosa”.

Durante el verano de 1948 pudo volver a casa y allí continuó la recuperación. Elsie se volvió aún más posesiva: su pequeño era el niño que había desafiado a la muerte. Y para el abuelo, que hasta ese momento había considerado al chico como un mocoso debilucho, ahora era Lázaro, como el personaje del *Nuevo Testamento* que vuelve a la vida. Desgraciadamente, tras dos años de ausencia, había que regresar al colegio: “En aquellos días no había recuperaciones. Siempre iba atrasado al menos un curso. Ningún profesor me echó una mano. Simplemente me colocaban en clase, siempre atrás. Yo era el bromista, y siempre me hacía amigo del más grande de la clase para que me protegiera. Empecé a odiar la escuela más y más, y cada vez me resultaba más fácil escaparme. Mi madre me llevaba al colegio, pero lo que yo hacía era irme a dar vueltas por el parque con un par de amigos. Hacíamos justificantes pero siempre nos pillaban porque nuestra ortografía no era buena”. El cercano parque Princes o una zona llamada Cazzy eran los principales sitios a los que se escapaban.

La educación básica le vino a Ritchie a través de Marie Maguire, cuatro años mayor e hija de la mejor amiga de su madre, Annie, que ahora se había quedado viuda. La familia Maguire vivía en el 10 de Madryn Street, frente al número 9, en el que Elsie y Ritchie habían vivido anteriormente. Cuando Elsie y Annie salían juntas los sábados por la noche, Marie se hacía cargo del pequeño y trataba de enseñarle a leer con el libro *Dobbin The Horse*. Tenía una ventaja, y era que hablaba muy bien, mucho mejor que la mayoría de sus vecinos, con marcado acento *scouse*. Ritchie pronunciaba las sílabas correctamente y no eliminaba letras de la manera casi aleatoria que implicaba ese acento: “Ahora sé leer, pero mi ortografía es mala porque escribo fonéticamente”. En esos días no mostraba mucho interés por la lectura, no yendo más allá de los tebeos, afición que mantuvo durante muchos años. Marie le ayudó mucho, era una mezcla de madre y amiga y fue vital en estos años. Si cocinaban juntos en casa de los Maguire, Ritchie la obligaba a quitar la cebolla. Su delicado estómago solo toleraba la comida sencilla y, además, siempre había odiado las cebollas.

La vida de Ritchie se desarrollaba en el Dingle, donde estaba toda su vida: familia, amigos, la escuela, los baños públicos de Steble Street, las compras en la cooperativa de la esquina de Admiral Grove. Encima de esa tienda había un pequeño estudio al que, con ocho años, acudió a unas clases de claqué. En el Dingle también tenía lugar la vida religiosa. Los padres de Ritchie eran protestantes y miembros de la Orden de Orange, formada por defensores del rey William III. Este monarca, también conocido como William de Orange, había derrotado en 1690 a la Armada Católica del rey James II y, a consecuencia de ello, cada 12 de julio salían a desfilar para celebrar este evento, algo no visto con buenos ojos por los católicos. Ritchie acompañaba a su madre en estas marchas, llevando en algunas un tambor de hojalata. Esta postura religiosa no era considerada como una barrera para relacionarse con gente de otras creencias, como la familia Maguire. Prueba de ello es que las madres de Ritchie, protestante, y de Marie, católica, celebraban juntas los días grandes de sus respectivas creencias.

Los abuelos seguían en Madryn Street con la silla del abuelo John cual trono. Cualquier excusa era buena para ocupar la silla, especialmente si el abuelo no estaba: “Cuando yo era un crío siempre quería sentarme en esa silla. Él entraba en la habitación, me señalaba con el dedo y yo me tenía que cambiar de sitio”. Ritchie adoraba a su abuelo. Daba igual que bebiera, o que dijera palabras soeces, o que apostara: “Mi abuelo solía traer trozos de metal a casa, engranajes y ruedas de los muelles en los que él trabajaba para que yo jugara con ellos. Era calderero y una vez me hizo un tren con fuego de verdad en el motor. Ese fue probablemente el juguete más fabuloso que jamás he tenido. Te podías sentar en él. Era muy grande”. Se subía en el tren y viajaba calle arriba calle abajo. Incluso cocía manzanas en él. Y todo aquel que quisiera subirse en su tren debía pagar un penique por viaje: “Yo siempre he sido un empresario, y decidí que cobraría a la gente por subirse a él”. Ese espíritu financiero tuvo otras aplicaciones: “A veces ponía en escena pequeñas obras de teatro, o montaba zoos en el patio de atrás. Teníamos una araña en un tarro de mermelada, y eso era mi zoo, cosas de la zona, nada de leones ni tigres. Una vez tuvimos la piel de un guepardo muerto que conseguimos a través de alguien que estaba en la Marina. Si querías entrar tenías que pagar medio penique. En cierta ocasión la entrada fue gratis, pero había que pagar un penique para salir. Si no pagabas tenías que saltar por encima del muro usando un paraguas a modo de paracaídas”. Pero más que el dinero, lo que le gustaba era cambiar cosas sin tener en cuenta el verdadero valor monetario de estas. Tal vez fuera así como consiguió su acordeón, con

el que se hizo una foto pero que nunca tocó. La música todavía no tenía importancia. Lo mismo pasó con la armónica que le regalaron a los siete años. Pero el cine cambió esta percepción: fue al ver a Gene Autry a bordo del caballo Champion cantando “South Of The Border”. El blanco sombrero de vaquero y las infinitas praderas de fondo hicieron que algo cambiara en él. Autry se convirtió en “la fuerza musical más significativa en mi vida”. Desde entonces sería un seguidor de los vaqueros, de la música de Estados Unidos, del country, de las voces con toques sensibleros y llenas de melodía que hablan de amores que se pierden y se ganan. Es aquí cuando nació en él el sueño de convertirse en marino mercante y navegar hasta los Estados Unidos. Liverpool era un sitio perfecto para los aficionados a la música country. Los Cunard Yanks, marinos mercantes de los Estados Unidos, traían artículos como botas de vaquero, sombreros, pantalones y discos. Así surgió en el Merseyside una zona de culto del country & western.

El tiempo pasaba, pero Liverpool parecía estancada en las mismas coordenadas. “Liverpool era oscuro y triste, pero era muy divertido para un chaval”, recordaría Ritchie tal vez idealizando el recuerdo. Mientras el mundo occidental se acercaba a los años cincuenta, la ciudad permanecía anquilosada en un estado sempiterno de depresión y suciedad. Los boquetes fruto de las bombas nazis seguían allí, los solares de las casas que se habían derrumbado se habían transformado en improvisados aparcamientos en los que la chiquillería jugaba. Las filas para conseguir suministros, propias de la Segunda Guerra Mundial, seguían dándose para prácticamente todo. Liverpool olía a una mezcla de tenerías, cervecerías, fábricas de diversas clases, motores de barcos... el aire de una ciudad industrial. La ciudad pedía a gritos ser reconstruida, pero no había medios y la masa trabajadora era inestable, un día con trabajo y al siguiente en paro. Y ante esta situación se generó un éxodo. Los ciudadanos con ganas de salir adelante optaron por escapar, aunque no todo el mundo podía permitírselo. Así, quienes se quedaron en la ciudad porteña iban a transformar el enclave en algo único, para bien o para mal, diferente del resto del país.

En estos días empezó a ganar fuerza una nueva comunidad, la de los provenientes del Caribe. Eran ciudadanos del Imperio que acudían a estos lares atraídos por los anuncios que el gobierno había publicado en los periódicos. En ellos se ofrecía la posibilidad de viajar en barco por poco dinero y, una vez en tierra, encontrar trabajo. La madre patria iba a acogerlos a todos, o eso esperaban ellos. En su lugar se encontraron con un territorio frío, húmedo, poco hospitalario y ciertamente racista. Aquellos que siguieron los

cantos de sirena hasta Liverpool acabaron en Toxteth, es decir, el distrito 8 de Liverpool, desde St James's Street a lo largo de Upper Stanhope Street y Upper Parliament Street. Vivían hacinados, con rentas rayanas a menudo en el abuso y en casas que en tiempos lejanos habían sido señoriales como Windsor Street, Berkley Street y los alrededores del cine Rialto. Los inmigrantes no se integraban en la vida diaria de la ciudad.

El grupo social que sí despertaba interés, al menos en las chicas, eran los soldados estadounidenses destinados a unos veinticinco kilómetros, en la base militar de Burtonwood. Allí estaban destacados en aquel entonces unos cuatro mil soldados. Además, había otros dos mil en Hawarden, en el norte de Gales, a unos treinta kilómetros. Los soldados en sus horas de permiso llegaban a Liverpool por tren y encontraban a las chicas de la ciudad prestas a pasarlo bien con ellos. Muchos de los encuentros se desarrollaban en la misma estación, para escándalo de las mentes biempensantes. Estos asuntos, no exclusivos de Liverpool, y dado que la guerra ya había terminado, hicieron que se despertara un sentimiento en contra de los Estados Unidos. Estaba el asunto trivial de los celos por estos escauceos amorosos, pero había asuntos de estado, como los reembolsos que el Reino Unido debía realizar a los Estados Unidos, o la sensación de que la cultura local estaba siendo destruida por la de los yanquis. Así lo veía la gente mayor, pero la gente joven tenía otro parecer. Los jóvenes se sentían atraídos por lo estadounidense, que había sido idealizado. Mientras que lo británico era gris, el otro lado del Atlántico venía lleno de colores. La base de Burtonwood era el centro de distribución de todos los productos enviados a los soldados apostados en las islas. De esa manera, Burtonwood era una especie de edén al que se podía acceder si se conocía a alguien perteneciente a ese club de elegidos. Allí había tesoros como pantalones vaqueros, zapatillas deportivas, sombreros, botas, tebeos de la editorial DC, discos, chocolate, Coca-Cola con hielo... ¡con hielo! Poca gente en Liverpool tenía frigorífico en su casa. En Gran Bretaña no existían esas cosas, por eso había que entrar allí como fuera. En las Jornadas de Puertas Abiertas la gente acudía allí en masa, presta a dejarse hipnotizar por las alhajas allí expuestas.

En ese contexto, Ritchie Starkey trataba de salir adelante. Y ello implicaba meterse en peleas, en las que a veces tomaba parte Elsie: “Mi madre tuvo alguna que otra pelea por mí. Si alguien se metía conmigo, ella iba a su casa, llamaba a la puerta y se encargaba de ellos. Era un territorio realmente duro. En aquellos días todavía había bandas y luchas y locura y robos. Pero los chavales eran majos, las mujeres eran majas y los mayores eran majos. Nadie

se metía con esos tres grupos de gente. Si en aquellos días alguien golpeaba a una señora mayor, todas las bandas del barrio se unían y buscaban al agresor para dejarle jodido a base de golpes. No dejaban eso impune. Siempre había pequeñas peleas. Si te peleabas con un chaval y le herías, al día siguiente había un gran tipo esperándote a la puerta del colegio, quien, o te daba un puñetazo, o te daba un meneo, o te asustaba agarrándote y diciéndote: ‘¡Ni se te ocurra tocar a nuestro Frank otra vez!’. Yo siempre estaba en el bando de los perdedores. En mi cabeza, yo tenía a un gran hermano que podía machacar a esos cabrones que solían destrozarme. No tenía ni padre ni hermano mayor, pero mi madre tenía muchos que podían luchar por mí”.

El examen Eleven-Plus tuvo lugar en la primavera de 1951, pero St Silas no le inscribió. De esa manera, su siguiente escuela fue Dingle Vale, donde entró con once años. Era una escuela secundaria moderna para gente que no había hecho los Eleven-Plus o que los había suspendido. El nivel más bajo era el D y Ritchie fue integrado en el C. El castigo físico formaba parte de la rutina y no se celebraban los exámenes conocidos como GCE O-Level. Aquel alumno considerado capacitado para aprobar estas pruebas era transferido a una Escuela Técnica o a una Grammar School, algo así como un instituto. El resto terminaba su educación al cumplir los quince años, yendo la mayoría a puestos de trabajo manuales.

A Ritchie le gustaba ir a Dingle Lane con sus amigos Davy Patterson y Brian Briscoe. Se gastaba el dinero que su madre le daba para la comida del colegio en un pan de la marca Hovis, unas pocas patatas fritas y cinco cigarrillos Woodbine. Llevaba fumando desde los once años. Como seguramente había visto hacer a otras personas por el barrio, le quitaba la miga al pan y rellenaba el hueco con las patatas: “Esa era la mejor comida, porque yo odiaba las comidas de los colegios”. Luego volvía al colegio para comerse el bocadillo, repantigarse en los columpios y hablar de cualquier cosa con sus amigos: “Davy Patterson, Brian Briscoe y yo éramos los Tres Mosqueteros. Éramos la Banda de la Calavera y la Pandilla de la Mano Negra. Todo lo hacíamos juntos. Éramos detectives, éramos vaqueros e íbamos a la misma escuela. Estábamos muy unidos. Hasta los diez o los once años ese fue mi mundo, y todos esos escombros procedentes de los bombardeos eran el paraíso. No sentíamos nada por la gente que había sido bombardeada allí mismo. No era más que un gran patio de recreo. ‘Nos vemos donde las bombas’... De críos íbamos andando a todas partes. Mi gran ambición era ser un vagabundo porque ellos siempre están caminando de un sitio a otro. No podíamos permitirnos ir en autobús. No tuve una bicicleta hasta

mucho tiempo después. Mi madre me consiguió una de segunda mano y con ella nos fuimos hasta Gales y luego volvimos. Acabé tan hecho polvo que se me fueron las ganas de bicicleta”.

Elsie recuerda que a veces a su hijo le gustaba el colegio y a veces no. Sabía que junto con sus amigos se iban de clase con frecuencia. De vez en cuando entraban a robar en Woolworth's cosas pequeñas. El material sustraído lo guardaban en un refugio antiaéreo que protegían con trampas que dejaban caer ladrillos sobre todo aquel que pretendiera entrar sin haber sido invitado. En cierta ocasión, la tía Nancy echó en falta un collar. Poco tiempo tardaron en descubrir a Ritchie tratando de venderlo a la entrada de un pub. Otra vez, a los doce años y estando en casa de uno de sus amigos, este y Ritchie descubrieron una botella de *whisky*. Sin saber realmente el verdadero alcance del poder de la bebida, decidieron beberse la mitad. Cuando llegó la hora de irse, Ritchie caminó como pudo hasta su casa. La madre luchó para meterlo en la cama mientras este insistía en recitar el cántico cristiano “En el Monte Calvario”.

Un cambio importante se dio hacia finales de 1951, cuando Elsie conoció a un hombre y este se transformó inmediatamente en la figura paterna que Ritchie nunca tuvo. Se llamaba Harry Arthur Graves, nacido en Romford en 1913 y un año mayor que Elsie. Su acento era *cockney*, era de clase obrera e hinchado del West Ham. Decidió mudarse al distrito 8 de Liverpool. Se había casado en 1937 y no había salido bien. Así que en 1946 llegó al Dingle y alquiló una casa en Jacob Street. No se sabe a ciencia cierta cuándo se conocieron, aunque todo indica que fue a través de Anne Maguire. Otra versión sugiere que cuando la hermana de Elsie, Evie, se casó en 1947, Harry fue uno de los testigos, lo que significa que era amigo de Jim Hamilton, prometido de Evie. Harry y Elsie no pudieron casarse, de momento, porque Elsie y Richard Starkey no habían formalizado el divorcio. Ringo aporta su punto de vista: “Harry, mi padrastro, entró en escena cuando yo tenía once años. Trabajaba de pintor y decorador en Burtonwood, que era una base americana. Me hacía reír, me traía tebeos de la DC y le iba mucho la música. Era un tipo realmente dulce. Todos los niños y los animales le adoraban”.

En el barrio había una tienda de dulces, cuyo dueño era amigo de Harry, y Ritchie hacía pequeños encargos: “Hice trabajillos para allí marcando periódicos. Nunca salí a hacer la ronda porque quería evitar el frío, pero hacía cosas ocasionales, así que de vez en cuando me ganaba algún dulce”.

El editor y el autor se disculpan por cualquier error u omisión.  
Si se detectan, serán rectificadas en cuanto tengamos oportunidad.

© del texto: Javier Tarazona Solaz y Ricardo Gil Salinas, 2019  
© de las imágenes: los autores y archivos correspondientes, 2019  
© de la ilustración de la cubierta: Andrea de Castro Piñol, 2020  
© de la ilustración de la contracubierta: Borja Bonafuente, 2020  
© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2020  
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)  
[www.edmilenio.com](http://www.edmilenio.com)  
[editorial@edmilenio.com](mailto:editorial@edmilenio.com)  
Primera edición: septiembre del 2020

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S L  
[www.bobala.cat](http://www.bobala.cat)

ISBN: 978-84-9743-910-7  
DL: L 248-2020

*Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <[www.cedro.org](http://www.cedro.org)>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.